
Añojal

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7537

Título: Añojal

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 10 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Añojal

Al despertar, Mardanio experimentó gran disgusto. El cuarto estaba obscuro; ni un rayo de luz colábase por las múltiples rendijas que obrecían el techo, las paredes, la puerta y la ventana de la rústica estancia. Pero había ser tarde, sin embargo. Probablemente el sol había emprendido marcha en medio de un cielo toldado aún, después de la furiosa lluvia nocturna: el sol es un mayoral experto y rígido, que no posterga la hora de salida cualesquiera sean las amenazas del tiempo.

Mardonio tenía conciencia de haber dormido mucho y avergonzábale de ello. En el transcurso de los quince años que llevaba desempeñando la mayordomía de la Estancia, jamás nadie se había levantado antes que él y cuando aparecían en el galpón los más madrugadores, siempre encontraban encendido el fuego, caliente el agua y ya enflaquecida la cebadura del cimarrón.

Se había dormido; era una vergüenza que lesionaba su prestigio de hombre capaz de los más grandes sacrificios con tal de que no pudieran tarjarle una sola falta en el cumplimiento de sus deberes.

Levantóse, se vistió someramente y abrió la pequeña ventana. Contra su presunción, el cielo estaba sin nubes y en la lejanía del horizonte una fina ceja roja anunciaba el nacimiento del día.

Salió. El galpón estaba desierto, frías las cenizas, apagado el trashoguero de espinillo. Silencio completo en las casas. Todos, hasta los perros dormían aún.

Recién entonces Mardonio respiró a gusto; y en tanto encendía el fuego y preparaba el mate, con la metódica prolijidad que empleaba en todos los actos, iba recapitulando los extraordinarios acontecimientos de la víspera.

¿Eran realidades, o simple ensoñación engendrada por la atmósfera de tormenta y el prolongado verberar del agua y del viento durante aquellos ocho días de furioso temporal?...

No acertaba a decidirlo, y tanto más pujaba, tanto más enredábansele los tientos del raciocinio. En la duda, irritóse consigo mismo.

—¡Duele errar un tiro 'e bolas, pero más duele correr por los cuestabajos, con peligro de romperse el alma, pa enlazar una fantasma!...

El sol había desabrochado los últimos velos; de la noche y ascendían majestuosamente entre el cobalto de un espléndido cielo otoñal.

Persistía el silencio. Todo dormía aún, cuando Mardonio, después de haber cansado una cebadura de yerba y agotado el agua de la pava, fué hasta la puerta del galpón y tendió la vista al campo.

Sorpredióse como quien ve inesperadamente una persona que suponía muerta desde muchos años atrás. Aquel día naciente no era uno de esos tantos que pasan como para un viajero desconocido por el camino. No; él había visto antes, en tiempo lejano, ese mismo día otoñal, blanco, luminoso y sereno.

¿Cuándo? ¿En qué oportunidad?

Una recapitación inconsciente se fué operando en su espíritu produciéndose en él algo así como el despertar después de largo sueño cataléptico.

—¡Aura mi acuerdo!—exclamó.—Han galopiao más de veinte años, y esta madrugada se me presienta acollarada con la otra, igualitas como potrancos mellizos!...

Más de dos décadas, sí. El frisaba entonces en los veinticinco, y era un gallardo mancebo, que si no poseía una elocuencia profusa no le faltaban palabras y frases precisas para expresar las ternuras de su alma.

Amó una vez sola, pero amó intensamente. Sin violencias, por natural conformidad con su espíritu, siguió siempre al pie de la letra uno de los predilectos aforismos de su padre:

—«Una sola mujer, un solo caballo, una sola pistola.»

—«No es rico quien tiene mucho, sino quien sabe guardar lo que tiene.»

En el clarear de un día de otoño, luminoso y plácido como aquel que ahora presenciara, Mardonio salía del interior de un ranchito, donde había exhalado el último suspiro su novia adorada...

Dentro de un corazón, sin exteriorizaciones de ningún género, consagró un culto a la muerta, convencido de que ninguna otra podría reemplazarla en su afecto.

Y la vida siguió su curso, con sus exigencias ineludibles. La muerta había cerrado con llave el huerto una sola vez cultivado y el mozo no tuvo nunca tentaciones de entrar en él.

De esa laya transcurrieron veinte años, monótonos, gríseos, insípidos, todos iguales.

Mas he ahí que al cabo de ellos Mardonio se vió bruscamente abocado a un nuevo conflicto sentimental. Había fiesta en la estancia. Baile en la noche. Entre las muchachas hallábase Consolación, huérfana de un puestero y que el patrón había recogido. Como era muy pobre y poco agraciada, nadie sacábala a bailar, y entonces Mardonio, compasivo, la invitó...

¿Agradecimiento?... ¿Afecto sincero?...

No entremos en análisis demasiado complecados. El caso es que Mardonio vió brotar una rama verde y vigorosa del tronco tronchado, y el que creía seco de su sensibilidad amorosa...

Se amaron. Debían casarse en breve. Mardonio, sobre todo, tenía prisa: a los cuarenta y cinco años la estación terminal del amor está muy próxima.

El sol seguía ascendiendo lenta y majestuosamente por el ancho camino azul del firmamento y todo el mundo dormía aún en la estancia.

El capataz empezaba a impacientarse en su soledad, renegando del madrugón, cuando se le presentó Consolación, quien fingiendo sorpresa dijo:

—¡Ah!... Está usted... yo iba... iba...

—¿A donde, amiguita?—contestó él con afecto.

—Es decir... yo no iba....venía...—balbuceó.

Y luego, resueltamente:

—Mire; yo vine pa esplicarme con ustedé... Ustedé es un hombre muy bueno y yo no quiero engañarlo...

El palideció un poco y respondió grave y sereno:

—Hable...

—Oiga... Yo cría quererlo, pero después he visto que no era posible... que ustedé es muy bueno, sí, pero que... ¡yo no sé cómo decirlo!... Vea y es l'único que se me ocurre: que ustedé me quiere, pero que se ha olvidao de querer...

¡La terrible frase!... No basta amar, es necesario saber trasmitir el amor a la persona querida. Y él no podía hacerlo. En las tierras vírgenes, un enérgico roturaje asegura el brote de la semilla; pero en los añojales la maleza la obstruye y la mata!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.